

En la sociedad secular y pluralista nadie pretende el monopolio de Dios. Pero no es suficiente tener una vaga imagen teísta de Dios para vivir la fe cristiana en el Dios Padre de todos. Muchos contemporáneos se sienten indiferentes respecto al misterio del Padre-Dios; han olvidado a Dios y no lo echan de menos. Otros se sienten seducidos por una religiosidad sin Dios personal, desinstitucionalizada y al margen de las grandes Iglesias. Otros han sustituido al Dios Padre por diversos dioses: la nación, el consumo, el deporte, la música.

En esta situación sólo una experiencia honda del misterio de Dios Padre de todos puede resultar creíble y puede ilusionar la búsqueda religiosa de nuestros contemporáneos; además, puede ser socialmente fecunda para el sentido de la vida y para la transformación del mundo.

El presente DOSSIER ABIERTO trata de aclarar qué modificaciones de la imagen de Dios se están dando en nuestro mundo, qué significa la relación con Dios como Padre de todos. Con ello pretende contribuir tras el año del Cristo y del Espíritu al año del Padre estimulando la acción pastoral, la

DIOS PADRE, ¿UNA AUSENCIA ARDIENTE?	14	Estudio de Carlos García Andrade
DIOS A LA VISTA	19	Reflexión de Pedro Belderrain
ESE HIJO TUYO	25	Celebración
¿QUÉ SIGNIFICA PARA MI QUE DIOS ES PADRE?	29	Testimonios
ABBÁ FUENTE DE VIDA: RESUCITA, CREA, REDIME		Reflexión de José Cristo Rey García-Paredes

DIOS PADRE, ¿UNA AUSEN-

La confesión «creo en Dios Padre» es un artículo fundamental de la fe en los cristianos. Pero está lleno de sospechas actualmente. Y de preguntas: ¿Qué significa el silencio de Dios? ¿Es una oportunidad para una nueva imagen de Dios? ¿Cómo nos cuida Dios Padre? ¿Por qué no hace desaparecer los males del mundo, que nos atormentan y nos

Hablar de Dios Padre no resulta nada fácil. Quizá porque es la persona de la Trinidad que mejor expresa la transcendencia de Dios, a la que se atribuyen expresiones más arcanas: “Principio sin principio”, “Origen no originado” y a la que, quizá, menos se conoce y comprende. Y, sin embargo, el Padre es la representación más genuina de la experiencia religiosa de Jesús: el Abbá. Aquel que Jesús nos quiso revelar, manifestar. Este contraste es todo un síntoma. Intentemos desbrozar las dificultades ambientales para luego profundizar alguna clave

CRISIS DE MODELOS

La gran dificultad para intentar recuperar la imagen de Dios Padre en nuestra sociedad occidental parece ser de tipo cultural. Es como si un cúmulo de crisis se hubieran conjurado para dificultar este proceso. Está la crisis del rol paterno en el seno de las familias, que en realidad habla de la dificultad que experimenta la clásica imagen paterna, ligada a valores como la autoridad, la tradición, las convicciones firmes, el deber cumplido, para sobre-

vivir en una cultura postmoderna que promociona lo fragmentario, relativo, provisional, juvenil, lúdico y placentero. Está la crisis del modelo religioso. Desde Freud, hablar de Dios como Padre parece sinónimo de un infantilismo que atenta contra la autonomía y madurez del hombre. A ello se añade que, según algunos expertos en Historia de las Religiones, estamos en una fase de transición de una religiosidad solar (paterna, jurídica, objetiva, monárquica) a una lunar (materna, vital, subjetiva, anárquica) y esto es otro obstáculo. Pero, sobre todo, pesa el rechazo de la idea de Absoluto, tan visceral en nuestra cultura -más a causa de los absolutismos ideológicos que religiosos, por cierto-, pero que los filósofos críticos vincularon tanto a la imagen del Dios cristiano que ahora resulta difícil de separar.

También se puede hablar de la crisis del sentido de la providencia a causa de la secularización ambiental. En concreto, las experiencias de limitación, de vida y muerte que antes remitían a Dios, reclamando un fundamento de sentido, ya no lo hacen. Rodeados del mundo artificial urbano de que nos hemos rodeado, en que los problemas los arreglan los técnicos, estos límites tienden a verse como errores de ajuste, fallos de funcionamiento que -en principio- una adecuada técnica podría subsanar. Remiten al hombre y su poder técnico. Por otra parte, la privatización de la religión hace de Dios asunto privado, de conciencia. Y se desvincula de la vida diaria, de los problemas objetivos. Esto es decisivo, pues la providencia era el punto de contacto entre la fe en la acción de Dios Padre y la vida cotidiana. Pero este es uno de los datos de la fe que hasta bastantes teólogos eluden. No parecen haber encontrado un punto medio entre el providencialismo de antaño que atribuía a Dios todo lo inexplicable y esa "lectura plana" actual de la realidad que intenta reducirlo todo a causas intramundanas. También influye la crítica feminista del "patriarcalismo eclesiástico", es decir del molde cultural en que se vació la tradición cristiana, demasiado dependiente de una cultura patriarcal-machista, y que pone en crisis la idea de Dios/Padre ya que se usa para canonizar este molde cultural.

AMBIGÜEDADES Y SILENCIO DE DIOS

Tras las dificultades expuestas uno podría pensar que intentar recuperar a

Dios Padre en nuestra sociedad es una empresa condenada al fracaso. Mas no hay que ser simplistas. La realidad es siempre ambigua. Todo límite encierra siempre una nueva posibilidad como enseña la historia. Un rápido contra-análisis nos hace ver que no todos los rasgos típicos del rol paterno se corresponden con la imagen cristiana de Dios Padre. Ha habido demasiado machismo, demasiado autoritarismo, demasiado egoísmo en el modo de ejercer la paternidad en Occidente como para que no resulte saludable o incluso imprescindible una purificación. En segundo lugar, aplicar al Abbá de Jesús el análisis freudiano de la relación religiosa no parece objetivo. Desde luego Jesús es, desde el punto de vista psicológico, la antítesis del infantilismo. En tercer lugar, el Dios trinitario tiene poco que ver con el Absoluto de los filósofos. La recuperación de la dimensión trinitaria de Dios ha hecho ver que ese Absoluto monolítico que ha llevado a decir: "Dios tiene que morir para que el hombre viva", no era más que una caricatura del Dios cristiano. Por tanto es bueno que "ese" dios haya sido

PADRE

declarado oficialmente difunto. Así podemos acercarnos sin hipotecas al Dios Trinidad cuya unidad no es monolítica, sino que exige y supone diversidad; que al ser comunión, busca la libre comunión con los hombres; que no sólo tolera sino que promueve la autonomía y responsabilidad del hombre respecto de su mundo.

Podríamos detenernos más en estos puntos o poner de relieve que el hombre actual no por todo lo dicho es menos religioso. Pero el desenlace cultural más preocupante de todos estos procesos se resume en una palabra: el silencio de Dios. Dios ha desaparecido del horizonte personal y social en que se desarrolla la vida de la mayoría de nuestros conciudadanos. Para muchos -incluidos gran número de creyentes- la evidencia es que Dios se ha ocultado y permanece en silencio. Es aquí donde debemos hacer emerger una nueva imagen de Dios, donde debemos profundizar la revelación cristiana, porque si se siente este silencio y no se comprende, puede suceder lo que profetizaba Heidegger hace bastantes años: «La penuria ha llegado ya a tal extremo que ni siquiera es capaz esa época de sentir que la carencia de Dios es una carencia (...). Esa incapacidad mediante la cual aun para el indigente se le hace oscura su indigencia es lo absolutamente indigente de la época» (Martin Heidegger, ¿Para qué ser poeta?).

LA APORTACIÓN TRINITARIA

¿Qué responder? ¿Es posible encontrarle una cara positiva a esa experiencia del silencio de Dios, de su «ausencia ardiente»? ¿De dónde partir?. Quizá del paralelismo entre la situación del hombre que parece haberse quedado sin Dios y el centro del mensaje cristiano, el misterio pascual, donde Jesús llega a experimentar el abandono de Dios. Si la recuperación de la dimensión trinitaria de Dios ha nacido de una profundización en la cruz como lugar de revelación de Dios, es posible que sea ésta también la encrucijada para descubrir esa nueva imagen del Padre. Sin entrar en la discusión exegética sobre el significado del abandono de Cristo, me parece posible afirmar que Jesús experimenta la noche oscura del espíritu, no sólo como consecuencia del acto redentor, sino porque es una

NUESTRO

etapa necesaria para la perfecta unión con Dios (Juan de la Cruz). Por otra parte, Juan Pablo II se ha atrevido a afirmar que esas noches oscuras de Dios «alcanzan a veces dimensiones de época y proporciones colectivas» y ha reconocido una tal noche «en el abismo del abandono, de la tentación del nihilismo, en el absurdo de tantos sufrimientos físicos, morales y espirituales que caracterizan al hombre contemporáneo» (cfr. Discurso en Segovia en la visita pastoral a España). Esta situación de silencio de Dios puede verse, pues, como una etapa de maduración que, como las noches oscuras, está llamada a desembocar en un alba de resurrección. ¿En qué sentido se puede decir esto del silencio de Dios en nuestra sociedad?

Aquí sólo sirve de luz la Trinidad. El misterio por el que Dios es, a la vez unidad y distinción. Su unidad no es monolítica, no es cerrazón o clausura: es comunión, dinámica de un recíproco darse por completo, sin residuos, por el que el Padre está por completo en el Hijo y en el Espíritu y

viceversa sin confundirse. Su distinción es relativa: el Padre no es el Hijo ni el Espíritu. Mas esta distinción relativa no es mera distinción conceptual como la que yo establezco entre dos realidades distintas (como un árbol no es una piedra) es algo más, es distinción relacional con base ontológica: Cada uno de los tres es, en la medida en que se da totalmente al otro, sin residuos, haciéndose nada por amor, para que el otro sea. Y en esa medida cada uno de los tres es el UNO (porque los otros mueren, por amor, en él) y no es los otros (porque, a su vez, se hace nada por amor para que los otros sean).

Jesús experimenta en la cruz el abandono porque participa como hombre en esa dinámica trinitaria de unidad y distinción. Se siente abandonado del Padre, pero no porque el Padre lo rechace, sino porque el Padre se da por completo a él, muere en él, para que pueda ser puro amor y así, Jesús siente como si hubiera desaparecido de delante Aquel a quien él se dirigía siempre. Pero, en realidad, lo contiene por completo. «Tiene sed» (versión joánica del abandono) porque la plenitud del Espíritu que le había permitido gritar: «el que tenga sed, que venga a mí y beba» (Jn 7,37) sólo volverá a probarla cuando él, a su vez, se abandone en el Padre -al que no siente-, por amor, y cierre el círculo trinitario en el nosotros triunfante del Espíritu que explica la resurrección: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Este es el estilo de Dios, el secreto de la vida misma del ser que es amor y que aparenta ser una ausencia, una nada, pero que, en realidad, es una presencia oculta, una donación, una total entrega digna de un Dios que es amor. ¿Cómo puede iluminar este misterio del amor dinámico y trinitario de Dios el aparente vacío de Dios en nuestra sociedad?.

PERSPECTIVAS

Vamos a ceñir nuestra consideración a las dos acciones emblemáticas que la teología tradicional vinculaba con el Padre: La creación y la providencia.

La creación: La afirmación central de la teología de la creación es: Dios creó el mundo de la nada. Este dogma tiene la pega de formularse en contexto polémico, proponiendo una tesis más bien defensiva. Busca más establecer los límites de la visión cristiana y condenar las visiones erróneas (panteísmo y dualismo), que no iluminar el sentido profundo de la creación. Esto explica su insistencia sobre la nada: nada se confunde con Dios; nada hay que no venga de Dios; nada puede obligar a

Dios a crear.

Mas esta idea “de la nada” crea malestar, como si la creación no tuviera valor alguno para Dios, o como si fuera un gesto que Dios hace como de pasada, que no le afecta. Y esto no hace justicia al acto creador de Dios. El estilo de Dios es darse. La creación es también un Dios que se da a sí mismo, sólo que de modo diverso a como se da para engendrar al Hijo: es obra de toda la Trinidad, no sólo del Padre; genera pluralidad, no concentración; produce algo distinto de sí, no idéntico a sí, aunque llamado a hacerse uno consigo; en el tiempo y con el tiempo, no en la eternidad, aunque llamada a la eternidad; hacia fuera de sí, no hacia dentro de sí, pero llamada a participar, en Cristo, de la plenitud de Dios. Pero el estilo sigue siendo trinitario, de donación de amor, de “muerte” por amor. El acto creador es una kénosis de amor.

Por otra parte, la definición clásica, imaginativamente nos conduce a pensar que por un lado está Dios y por otro una especie de espacio vacío que sería esa “nada” donde Dios crearía el mundo. Decir “Dios creó el mundo de la nada”, al ser una operación de Dios “ad extra” tiende a presentar el

QUE ESTÁS EN EL CIELO

SANTIFICADO SEA TU NOM-

mundo como realidad fuera de Dios. Pero esto, si se piensa bien, es absurdo. Si Dios es el Absoluto ¿cómo plantear algo «fuera de» Dios? ¿Es realmente concebible? Escuchemos a Blondel: «la idea de la nada es una pseudo-idea (..) Dios no deja fuera de sí absolutamente nada que se pueda imaginar vacío o llamar una nada positiva» (cfr. El Ser y los seres). ¿A qué se refiere, pues, esta “nada”? Desde la idea trinitaria de Dios en la que cabe la distinción y la negación relativa como antes apuntamos, esta idea de la nada alcanza un significado bien diverso: Es la nada del Padre.

En realidad esta nada se refiere al replegarse de Dios dentro de sí, para que el mundo exista como distinto de sí. Dicho de otra forma Dios se autolimita para dejar un espacio a la finitud creada dentro de su infinitud; un tiempo a la temporalidad dentro de su eternidad. La creación nos manifiesta una kénosis de amor de Dios que se “retira” por así decir, para que lo creado pueda existir como tal en su autonomía. Como afirma Bulgakov «Si nosotros profesamos que el mundo ha sido creado de la nada, positivamente esto sólo puede significar que Dios ha creado el mundo de Sí mismo» (cfr. La

Sposa dell'Agnello. La creazione, l'uomo e la storia). Piero Coda propone la fórmula *ex nihilo amoris* en el sentido de que «la nada de la que Dios crea es esa nada de amor que Dios libremente se hace en el momento en que da el ser a lo que no es» (cfr. Dio e la creazione).

Así, la transcendencia de Dios no sólo nos habla de la distancia entre Dios y el mundo, sino del amor de Dios que se revela velándose tras la creatura a la que deja espacio. El silencio de Dios nos habla de la capacidad de amor de Dios, del juego de unidad y distinción que, típico de la Trinidad, se proyecta también en la creación. Y el que los hombres tengamos que ir más allá de lo creado para acercarnos al Dios que se oculta detrás, no significa en modo alguno que Dios quiera jugar al escondite con nosotros o ponernos las cosas difíciles, sino que estamos llamados a entrar –con su gracia– en la dinámica de donación, de éxtasis, de negación por amor para alcanzarle, en ese juego de amor recíproco en que la distinción hace crecer la unidad y viceversa.

Dios crea algo distinto de sí, para amarlo como a sí mismo, darse a él y darle la posibilidad de convertirse libremente en otro-yo: Dios por participación. Por ello: la distancia, el silencio, la autonomía. Y al mismo tiempo, la oferta libre, la asunción en Cristo, la posibilidad de divinización. La actual conciencia del ‘silencio de Dios’ no sólo nos habla de la superación de imágenes falsas de Dios, sino de un salto de cualidad para comprender el verdadero rostro de Dios. Todo ello si no hemos perdido en nuestro proceso cultural la capacidad para trascender la apariencia y encontramos con el Dios que nos ama retirándose.

La providencia: este es un tema más complejo siempre sujeto a equívocos. El péndulo oscila desde el ‘providencialismo’ (que interpreta todo lo acaecido como directa voluntad de Dios) hasta el ‘secularismo’ (que excluye toda referencia a Dios en la interpretación de los fenómenos). La gran paradoja es que sabemos que todo depende de Dios, pero somos bien conscientes de la autonomía de las leyes naturales. La tentación consiste en interpretar la acción de la providencia como si fuera un gran ordenador que controla todos los fenómenos, los sistematiza y ordena de una forma inaccesible a nuestra mente y constituyendo un orden que no podemos comprender. Prescindamos de esa perspectiva y centrémonos en la revelación.

¿Cómo puede iluminar esta situación lo que venimos diciendo sobre el “estilo” divino de acción? A mi modo de ver, el concepto clave es el de reciprocidad. Lo que se deriva de la dinámica trini-

DIOS

Muchos hombres y mujeres de hoy no ven a Dios. Otros, también muchos, sí dicen creer en Él (o en Ella). Pero no todos le ven igual. Los creyentes vivimos diversas imágenes de Dios. Estas líneas pretenden acercarnos a ellas e invitarnos a revisar nuestra propia vivencia del Misterio de Dios Padre y

Era París. Corría 1968, y muchos corrían con él. Antonio López Campillo y sus compañeros, anarquistas españoles, repartían propaganda en las calles de la capital francesa. De la gente que recibió los papeles sólo unos pocos volvieron para advertirles que las hojas que habían recibido estaban en blanco. La respuesta no fue la esperada: «Por supuesto, compañero, son para que usted escriba lo que le parezca».

La anécdota, contada por Pilar Yuste en su *Espiritualidad de la Resistencia*, me ha venido varias veces a la memoria mientras intentaba redactar estas líneas. Quizá hubiera sido lo mejor: dedicar un par de párrafos a explicarles qué ha pretendido la dirección de *Misión Abierta* al encargarse este artículo, y luego dejarles el papel para que escriban ustedes. No crean que no me sigue rondando la tentación. ¿Cuáles son las imágenes efectivas, reales, de Dios en la vida de los cristianos? Pues, ¡qué mejor que dejarles expresarse a ellos mismos! ¿Quién es Dios para ustedes? ¿Qué imágenes usarían para hablar de Él? ¿O hablarían de Ella? Y si no fuera posible abrir ese foro al compartir de las propias experiencias, llamemos a algún experto o experta en Sagrada Escritura para que nos comente cuáles son las imágenes, las metáforas que los creyentes han ido usando para hablar de Yahvé, del Padre de Nuestro

Señor Jesucristo. Y si no damos con ellos, convoquemos aunque sea a algún preparado liturgista (¿qué imagen de Dios revelan los cristianos en sus modos de orar?) o a algún buen conocedor de la historia de la literatura, de la creación artística cristiana (¿cómo han hablado de Dios los Padres, los poetas, los creyentes escritores?). Me da vergüenza, espero que lo entiendan: estas páginas podrían recoger una antología de la mejor expresión cristiana de fe de todos los siglos. No lo van a hacer. No dejen de hacer ustedes el resto: por favor, no se queden con esto. Acéptenlo como lo que es, como lo que muchas veces es la aportación de la sociología: una herramienta para seguir caminando y, además, una herramienta limitada.

LA APORTACIÓN DE LOS ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

No vivimos tiempos fáciles para la sociología

simplificadora. Probablemente la realidad ha sido siempre compleja, pero hoy parece mostrárenos así con más claridad. Permítanme ofrecerles un pequeño botón de muestra. No se trata ahora de discutir la exactitud de los datos sino de percibir el panorama que diseñan: Un 86% de los españoles dicen ser católicos; un 81% afirman creer en Dios; un 50% creen en un Dios Personal; un 63% en la creación divina del mundo; un 33% en la resurrección de los muertos. Un 60% de esos mismos españoles declara que Dios es importante en su vida; un 56% reza además de asistir a actos religiosos; un 6% lee la Biblia (Datos recogidos en Díaz Salazar, R.- Giner, S. (Comps) (1993) Religión y Sociedad en España. Madrid: CIS, 164-165). Investigaciones supranacionales, realizadas por gabinetes acreditados, nos dicen que un 70,5% de los europeos declaran creer en Dios, pero un 38% dice hacerlo en un Dios Personal, mientras un 33% cree en un Dios fuerza vital.

Podríamos aburrirnos mirando tablas. No falta quien se haya dedicado a ello con seriedad. Las diversas fuentes sugieren un panorama parecido: la creencia en dios/Dios sigue siendo algo muy serio para muchos hombres y mujeres contemporáneos. Su aceptación de la fe en esos dioses tal como es definida por las iglesias tradicionales no lo es tanto.

Las teologías cristianas han concedido en las últimas décadas una enorme importancia a la reflexión sobre Dios. El estudio de los ateísmos, de la increencia, del agnosticismo o los indiferentismos ha ocupado horas y horas, páginas y páginas a pastores y fieles. Uno de nuestros mejores pensadores escribía en 1986 que la principal tarea de la teología de nuestro siglo era luchar con la convicción de nuestros contemporáneos de que Dios es el antagonista del hombre.

Para otros la palabra no era «antagonista», sino «vampiro», «tirano», «enemigo»... Términos distintos, expresión de un mismo significado. No es difícil evocar músicas de fondo: «para enriquecer a Dios debe empobrecerse el hombre, para que Dios sea todo, el hombre debe ser nada» dejó escrito Feuerbach.

No hay sitio para los dos: para Dios y para mí. Esa es quizá la conclusión a la que han llegado muchos hombres y mujeres en este siglo. Mas no es sólo eso. Ya Gómez Caffarena escribía hace unos diez años que

VENGA A NOSOTROS
TU REINO

la negación de Dios ha pasado en nuestro siglo por dos etapas: en un primer momento Dios fue visto como incompatible con la grandeza humana; en un segundo es rechazado porque el hombre se siente abandonado en su existencia. Es fácil que sea así. Para muchas de las personas que nos rodean la vida es una suerte de corrida de toros en la que cada uno nos las vemos con los miuras y los vitorinos que nos toca lidiar. Dios asiste desde arriba –quizá desde el palco, quizá como quien ha construido la plaza–, pero no baja. Tal vez no se ría de que lo pasemos mal, pero tampoco desciende a la arena a coger la muleta y echar una mano... Y es difícil querer a un Dios así.

No es momento de analizar el porqué de todo esto. No se trata de un análisis simple, ni se debe exclusivamente al pecado, al egoísmo y a la

“Creo en un Dios Creador. Necesito creer en El. La humanidad debe aferrarse a algo sobrenatural para su íntimo consuelo y además como freno a sus pasiones. Ahora bien, no puedo creer que ese Dios sea personal, que se preocupe de conocer uno por uno los problemas de millones de seres que han existido y existen en nuestro planeta y en otros planetas posiblemente habitados. ¿Cree usted que Dios puede saber que yo me llamo Mary Santpere y que soy actriz cómica?

comodidad de quienes dan la espalda al Creador, ni es todo probablemente culpa de los creyentes. Evidentemente algo, (¿bastante?) de esto último hay. Hasta el Concilio lo insinúa. No lo olvidemos. Lo que me parece singularmente relevante para el encargo que tenemos es subrayar que estas sensaciones, estas imágenes de Dios no son vividas exclusivamente por quienes dicen rechazarle, sino que forman parte de la manera de ver la vida y el mundo de muchos de los que nos decimos creyentes. No son nuestra opinión, no son probablemente tampoco lo primero que nos viene a la cabeza, pero operan en nosotros *por debajo*, subterráneamente, erosionando e impregnando nuestra fe. Para muchos de nosotros, sacerdotes y religiosos incluidos, Dios

también es visto muchas veces como contrincante, como rival; su voluntad vivida como obstáculo. Muchos creyentes vivimos prefiriendo no haber creído; no nos creemos de verdad que el Señor, que el Evangelio descubierto, sean nuestro lote y nuestra heredad, que seguir más de cerca las palabras de Jesús vaya a realizarnos más como personas, a hacernos más felices. Esta realidad, creo que difícilmente cuestionable, revela la hondura del drama al que nos enfrentamos.

UNA SERIE DE IMÁGENES FRECUENTES

Les hablaba al comienzo del carácter limitado de las herramientas sociológicas. Tristemente los datos que tenemos no nos permiten llegar mucho más allá de lo que hemos ido. Voces prestigiosas siguen pidiendo estudios más profundos. Ojalá podamos tenerlos pronto. Estamos en condiciones de decir más o menos cuánta gente declara creer en Dios, pero no de saber con claridad qué quieren expresar con esa declaración, quién/qué es ese Dios para ellos.

De todos modos diversos autores de valía coinciden bastante en sus impresiones de fondo. No podemos cuantificar esas imágenes de Dios –decir cuáles están más o menos extendidas– pero sí levantar acta de su existencia. Los estudios sociológicos refrendan en lo que pueden esta descripción. Muchos de ustedes la darán probablemente por válida. Como toda tipología tiene sus límites; como bien señala Francois Varone, en casi nadie se dan en estado puro, todos tenemos algo de todo. Y conviene estar alerta.

DIOS EN LA DISTANCIA

Para muchos creyentes (no olvidemos que estamos hablando de los que decimos creer), Dios vive, pero vive lejos. Pudo ocuparse de nosotros, pudo poner en funcionamiento y en marcha todo este ‘tinglado’ del mundo, pero vive «a su bola» (como dicen ahora los chavales). En un agudísimo análisis los obispos de Euskadi y Navarra describen así esta percepción: «Es un Dios sereno, pero despegado del mundo. No es cruel, pero sí un Dios al que no se le conmueven las entrañas. Es impasible: no sufre por la desgracia del hombre. Se basta a sí mismo y no puede necesitar de nadie. Es un Dios ocioso» (1986: 26).

Es fácil que esto no sea algo nuevo, que ya lo hayamos conocido históricamente como *deísmo*, pero sí parece que sigue teniendo

“En lo que descreo firmemente es en la existencia de un Dios hecho a imagen y semejanza del hombre, en ese Dios airado y exigente que nos imponen las grandes religiones monoteístas, el que prohíbe, juzga, premia y castiga a sus fieles, el que excluye celosamente a los otros dioses; el que a veces justifica las aberraciones más injustificables; ese dios caprichoso que absurdamente pretende arrebatar al hombre el libre ejercicio de la sexualidad o proscribire, atrozmente,

adeptos. Este Dios es irrelevante, es reconocido como existente, pero poco más. El testimonio de la genial actriz Mary Santpere es, a mi juicio, expresión paradigmática de esta imagen de Dios.

EL DIOS «DEL PALO»: UN JUEZ DESEOSO DE CASTIGAR

Uno desearía poder decir que nos encontramos ante una visión de Dios superada, extendida tal vez en otros tiempos. Lamentablemente la experiencia le sugiere día tras día que esa superación aún no se ha dado, que la predicación que la facilitó parece haber calado de tal modo en nuestro ser humano que es difícil que tal representación de Dios desaparezca. Filósofos y pensadores nos dirán si el miedo es algo tan metido en la naturaleza humana que, independientemente del anuncio recibido, nos sale, es nuestro.

Los obispos del Norte a los que antes me refería han hablado también de esto con bastante claridad: «El miedo sigue marcando la religión de no pocos cristianos. Cuando piensan en Dios no pueden evitar sentirlo como un ser amenazador y exigente ante el cual lo primero es estar en regla. Este miedo a Dios crece cuando piensan en la muerte. (...) Algunos lo confiesan con claridad: ¿No sería la vida más tranquila si tuviéramos la seguridad de que no hay Dios o de que, al menos, no hay condenación eterna?» (1997: 25).

Con frecuencia, estos mismos pastores lo han sugerido, nuestros modos de vivir la fe revelan imágenes de un Dios demasiado semejante a nosotros mismos: «un Dios a quien hay que pagar, con quien se pueden negociar valores temporales

y eternos» (1986: 23). La creencia en Él se muestra cuando acentuamos los elementos expiatorios, cuando subrayamos nuestras culpas, cuando le aplicamos una idea de justicia a *nuestro estilo* (algo tan viejo como Mateo 20, 15), cuando vivimos nuestra relación con Él como una relación mercantil.

La confluencia de fenómenos como la insistencia catequética en un Dios que lo ve todo, «lo pasado, lo presente, lo futuro, y hasta los más ocultos pensamientos»; el peso dado a las faltas vinculadas a la sexualidad; la presentación del infierno y el cielo como dos posibilidades semejantes, todos quizá -nadie lo niega-honradamente alentados, ha hecho que esta imagen del Dios «al que hay que temer» haya arraigado profundamente en muchos de nuestros contemporáneos, llegando incluso -aunque en formas nuevas- a quienes no vivieron ni esa catequesis ni esa predicación.

DEL MIEDO A LA CHIRIGOGA: UN DIOS PELELE O MONIGOTE

Pero, como tantas veces nos pasa, el péndulo se nos ha ido a muchos al otro lado. Comentan los obispos vasconavarros que hay un *temor a Dios* que «sin duda, es sano». Pues, prescindiendo de ese temor, muchos nos hemos pasado a lo que ellos mismos -creo que de nuevo con acierto- han llamado *el Dios pelele*: «el Dios de algunos parece un pelele dispuesto a pasar por todo con tal de que no se le expulse de casa: complaciente y permisivo. No es piedra de contraste. No tiene el valor de decirme lo que quiere de mí. No incomoda ni inquieta. En su voz

“Creo en Dios. Y ese Dios es para mí primariamente personal, alguien a quien se puede decir *Tú* -más concretamente Padre-. La vivencia radical en relación con Dios es para mí la de estar siempre *ante sus ojos*, sin que esto suprima la soledad en que la vida humana consiste. Por eso la segunda impresión, de *estar en sus manos*, se traduce en la de *ser enviado o estar presto* a hacer algo: siento que Dios hace de mí lo que quiere, pero lo que quiere es mi libertad” (1969:

recogemos el eco de nuestra propia voz. No dice sino lo que queremos escucharle» (1986: 24).

¡Qué fácil es construir este tipo de dios! Es, los citados obispos lo dicen, *un Dios que no es Dios*, una creación en la que proyectamos nuestros deseos. Conviene que estemos especialmente alerta. Es una imagen de Dios que parece venir bastante bien a la *burguesa* manera de vivir de muchos de nosotros. Nos encontramos en momentos en los que los grandes relatos y las utopías parecen haber perdido fuerza, se impone la idea de que las cosas no pueden cambiar, los esfuerzos ya no merecen tanto la pena, casi todo es relativo y depende de las circunstancias... Todo confluye en facilitar que empecemos a descartar palabras de Jesús. Los especialmente ilustrados habremos de superar la tentación de utilizar nuestros conocimientos y la misma exégesis a nuestra conveniencia: «esto hay que entenderlo en su contexto», «hay otros textos en la Biblia que matizan este», «Dios no va a pedirnos lo que sabe que no podemos dar»... No es fácil ofrecer ejemplos de declaraciones de este tipo de fe, pero *haberlos, haylos*. A mí se me ocurren muchos pensando sólo en mí, ¿a ustedes no?

UN DIOS HECHO A LA MEDIDA

El Dios Pelele tiene algún familiar cercano en los dioses contruidos «a medida», en los que parecen haber nacido para compensar nuestras frustraciones, para satisfacer nuestras necesidades. Con frecuencia se convierten en modelos de usar y tirar. Alguien ha hablado del dios-kleenex. También la modernidad ha facilitado la construcción de estas imágenes que, de todos modos, responden a su vez a algo tan viejo en los seres humanos como el deseo de manipular lo divino, de utilizarlo para sacar provecho.

La lectura de algunos escritos de creyentes me lleva a proponerles una especial dosis de respeto al acercarnos a esta imagen de Dios. Hay una frontera no clara, demasiado fácil de traspasar al juzgar. La fe da consuelo, da compañía, da tranquilidad... pero no puede inventarse, crearse, para que proporcione esos remedios. No se trata de algo sencillo de distinguir; de ahí la cautela que les sugiero. Escribe atinadamente Torres Queiruga: «De sentirse solo, entregado a la propia flaqueza y

prometeicamente enfrentado a la tarea de existir, el hombre religioso entra en un nuevo ámbito en el que se siente acompañado y sustentado. (...) Sabe que no está solo, que Alguien más grande que él y que todas las fuerzas adversas está a su lado; y experimenta que, en el contacto con Él, recibe, pase lo que pase, el 'coraje de existir' (1986: 183-184).

No sé cómo les sonará el texto, pero a mí me suena algo distinto al siguiente, reproducido con todo respeto: «Sí, creo en Dios. Hay algo en mi interior que, especialmente en los momentos difíciles que tiene la vida, como la muerte de un familiar muy próximo o la enfermedad de una hija,

**HÁGASE TU VOLUNTAD
EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO**

o la adversidad, o ante una injusticia flagrante, te impulsa a creer en algo superior, algo etéreo e inconcreto que te hace agarrarte como a una vela ardiendo, mirando al cielo, pidiendo ayuda, soluciones a los problemas, una mejoría de salud, justicia, un milagro o preguntando al infinito ¿por

qué yo? ¿Por qué me ha tocado a mí otra vez?, o, simplemente, ¡ayúdame, ayúdanos, por favor! Todo ello después de muchos años de reflexión serena, sin entrar a fondo, sin ahondar en el estudio del problema, me ha llevado a simplemente creer que Dios existe, a creer que es necesario que exista, a creer incluso que egoístamente Dios debe existir, porque si no piensas qué pequeños somos, qué temporales somos, qué corto ha sido todo» (1994: Enrique Lacalle).

No se engañen. Es fácil que les pase como a mí. La fe de muchos de nosotros es más 'primitiva' de lo que creemos: basta una necesidad, una situación complicada, una enfermedad, para que nos demos cuenta de que no amamos a Dios tanto por quién es cuanto por lo que de Él esperamos. De ahí el enorme respeto que les propongo para quienes se expresan como Enrique Lacalle... Quizá estén dándonos voz a muchos de nosotros.

PERO, ¿NO HAY CREYENTES?,
¿NADIE CREE EN EL DIOS DE JESÚS?

Lo siento. Ya les dije que era mejor dejar las páginas en blanco... Es evidente que sí, que gracias a Dios —y nunca mejor dicho—, muchos creyentes han percibido su Misterio y han sabido vivirlo con autenticidad. Algunos tienen nombre, grandes nombres además; otros son gente desconocida, pero grande, que ha sabido afrontar la vida con la fuerza, la valentía y la humildad que la Vida dan. Dios ha sido confesado como señor, pastor, refugio, torre, alcázar, fuente, luz, agua, paz, camino, vida, fuerza, descanso, lote,

“Dios es hoy, para nosotros: pura gracia, apertura, vacío, plenitud, amigo confidente. (...) Sentimos su presencia en la naturaleza, en el quehacer diario, en la lectura del Evangelio, en el silencio, en el cariño de los que nos quieren, en los sentimientos de paz; también en el dolor, en el fracaso, en la muerte del ser querido; a veces como protesta, queja, enfado, pero al final, como el que nos sostiene en sus brazos. Percibimos también sus rasgos en los rostros de los que sufren y demandan nuestra solidaridad” (1996: Comunidad de la

Para continuar la reflexión

*Los testimonios de personas de la 'vida pública' española que se reproducen en el texto pueden encontrarse en las dos interesantes obras de José M^a Gironella:

- (1969) Cien españoles y Dios. Barcelona.
- (1994) Nuevos cien españoles y Dios. Barcelona.

*De gran valor para completar la reflexión:
-V Congreso de Teología (1985) 'Dios de vida, ídolos de muerte.', Misión Abierta 5-6 (de especial interés los artículos de J.I. González Faus y J. Lois).
-González de Cardedal, O. (1997) La entraña del cristianismo. Ed. Secret. Trinitario.
-Obispos de Pamplona-Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria. Cartas Pastorales de Cuaresma-Pascua: (1986) Creer hoy en el Dios de Jesucristo. (1988) Creer en tiempos de increencia. (1997) Al servicio de una fe más viva.

plenitud, gloria, herencia, defensor, libertador, escudo, salvación, alegría, esperanza, compasión, ternura, perdón, benevolencia, majestad, santidad, misericordia, cobijo, ciudadela, puerto, pan, roca, fortaleza, verdad, regazo, fuente, consuelo, vida, fundamento, casa, raíz, tierra prometida, puerto, bendición, don, misterio, compañero, amigo, confidente, sostén, delicia, dueño, savia, esposo, artista, fiesta, belleza, justicia, abrazo, padre, madre, resurrección, amor...

También a nuestro alrededor hombres y mujeres elevan su voz para describir su experiencia de Dios: «padre y madre, que ama a los hombres, aunque muchas veces no entendamos su manera de amarnos», «una presencia constante», «el Dios de la misericordia», «un Dios amoroso que no juega conmigo, sino que está deseando que me salga bien el papel que me ha asignado en la vida», «Él es nuestro Padre, y espero que algún día todos estemos en Él. Es el Espíritu del Bien, el Creador. Podemos encontrarle siempre en nuestro interior. Él es amor»...

Podrían traerse mil textos. Los que se ofrecen como compañía de esta reflexión son ejemplo suficiente. José Jiménez Lozano es claro al respecto: «No creo en el Dios de los filósofos y de los sabios, sino en el de Abraham, de Isaac y de Jacob, Padre de Nuestro Señor Jesucristo». Federico Silva declaraba: «La palabra, la vida y la muerte de Jesús son el fundamento de mi fe».

ESE HIJO

¿Una celebración de Dios-Padre-todopoderoso-creador-del-cielo-y-de-la-tierra? Tal vez... Esta celebración de la Palabra sobre Dios Padre, autor de la vida, puede ser usada para una oración personal prolongada. Dios me ama como Padre. ¿Me siento amado? ¿Me dejo amar? ¿Me dejo reconciliar con Dios Padre?

INTRODUCCIÓN

Vamos a iniciar un momento de oración en el que un texto, una vivencia cotidiana, va a jalonar nuestro orar a Dios Padre. El centro de este momento va a ser un relato entrañable. En la vida de ese relato vamos a ir hilvanando nuestra oración.

El relato ha de ser leído por tres lectores, los dos personajes y el narrador; y la Palabra de Dios por otro bien diferenciado.

Comunitariamente habría que observar: sólo se necesita un crucificado y un cuenco con colonia; hay que lograr un ambiente de recogimiento donde todas las palabras alcancen un sentido pleno.

Los cantos reseñados, si no pueden ser cantados ni oídos, se leen (lo importante es el contenido de sus letras, aunque de leerlos se podría poner una música de fondo apropiada).

Se reservan algunos espacios para la participación espontánea que habría que incentivar.

«La ternura y el cariño debieran presidir también nuestra oración.
Hay personas empeñadas a tratar a

Dios con grandes discursos y brillantes ideas, sin darse cuenta de que sus magníficas elaboraciones mentales son intermediarios pegajosos que les impiden llegar hasta Dios. Quizá sean bastantes las personas que no tienen nunca un detalle cariñoso con Dios, nunca le ponen música o le encienden una vela o le dedican una planta, nunca le dicen papá, papaíto, como Jesús.

Porque Él me dijo el otro día, confidencialmente, un poco triste y cansado:

Estoy aburrido de oír tanta teología y psicología cuando venís a orar.

A la hora de hacer oración, prefiere que se olviden de todo eso y le den un abrazo caliente.

La profundidad de mi oración radica en la profundidad de mi cariño, no en la profundidad de mis ideas. Si quieres aprender a orar bien, destierra los

razonamientos,
y goza mucho
con Jesús,
goza mucho
con el Padre». (“Cariño” de P. Loidi, en “Cuadernos Fe y Justicia. Actitudes 1”).

RELATO

[Se va leyendo el relato sin olvidar que en él está el contenido de toda la oración]

Está rezando el rosario cuando llega su nieto. Le gusta visitar a su abuela, sin percatarse de que es de las pocas personas que le escucha y le dedica tiempo. Después de darle un beso, se queda mirando el díptico con los misterios y la letanía; a un lado figura el Corazón de Jesús, en el otro, el Corazón de María.

¿Y éste?— pregunta el niño señalando la imagen de Jesús.

El Señor.

¿Y no está muerto?— acostumbraba verlo en la cruz.

No, ya ha resucitado.

Ésta es la virgen María— sonrío señalando su imagen.

Exacto, la madre del Señor.

¿Y su Padre?— pregunta después de buscar inútilmente otro icono.

Yo tenía una estampa de San José, pero no sé dónde la he guardado— la memoria hace tiempo que le falla.

¡No, ese no! ¡Dios!— el crío se había interesado mucho en esa catequesis de comunión.

No, de Dios no hay estampas.

Canto:

“Nadie te ha visto, mi Dios (bis).

Nadie te ha visto.

Me hablaron de ti, pero no te he visto.
Quiero encontrarme contigo,
quiero emprender tu camino en la verdad,
quiero adentrarme en tu Espíritu.
Estoy aquí, mi Señor, para contigo orar

Nadie te ha visto, mi Dios (bis).

Nadie te ha visto.

DAMOS HOY NUESTRO

Me hablaron de ti, pero no te he visto”

(“Nadie te ha visto”,
de Brotes de Olivo, en el disco “Yo soy”)

Sí, sí hay; doña Pepa me lo contó— insiste recordando las enseñanzas de su catequista. La abuela se le queda mirando. En último término, piensa, lleva razón: ¿pero cómo explicarle a un niño de diez años que Jesucristo es la estampa de su Padre?

Lectura

“A Dios nadie lo ha visto jamás:
el Hijo Unigénito,
que está en el seno del Padre,
él lo ha contado”. (Juan 1,18)

“Él es imagen de Dios invisible”
(Colosenses 1,15)

“Le dice Jesús: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces?

El que me ha visto a mí, ha visto al
Padre”(Juan 14,9).
Palabra de Dios.

Bueno, esa señora— ya se le olvidó el nombre— te contó lo que contó el Señor. El Señor es el que sabe cómo es Dios Padre.

No me lo dijo; ya no me acuerdo— mintió, ansioso que su abuela le contase algo; ¡es tan grato que alguien le hable!

[El cuento de la abuela está basado en Lucas 7,36ss; 10,29ss; 15,4ss,11ss; y Juan 4,5ss]

Sí, mira... ¿cómo era? A ver... Es un cuento de Jesús... A ver...— repite mientras se esfuerza por re-

cordar. Ya me acuerdo: Era un hombre que tenía un hijo, que era el mayor de todos; y luego tenía otro hijo, no, la más pequeña se llamaba María, que se fue de casa, a dónde, a una ciudad que se llamaba Sicar— se equivocaba la abuela, mezclando historias distintas sin percatarse.

¿Y por qué se largó?

¡Ah!, ella estaba harta de que todo el mundo la mandase, así que cogió sus cosas y se marchó.

¿Y no vuelve?

Espera, no seas impaciente.

¿Se lo pasa bien?

Sí, empieza a gastar el dinero que le dio su padre en fiestas y en salir con los jóvenes de su edad.

¿Y el Padre no la echa de menos?

Todos los días, cuando se levantaba, lo primero que hacía era abrir la puerta a ver si había vuelto por la noche. Se pasaba todo el día asomado a la ventana, pero ella no le echaba de menos. Ella se lo estaba pasando en grande, hasta que se quedó sin dinero, y sin amigos— hace una mueca arqueando las cejas mientras afirma con la cabeza.

¿Por qué no busca trabajo?

¡Lo encontró rápido, gracias a sus antiguos amigos! Quedaba con unos...— duda la abuela qué palabra usar—, con unos cerdos, porque eran unos cerdos, y así se ganaba la vida ¡y ganaba mucho! Pero no era feliz.

¿Y su hermano mayor?

Simón, que así es como se llama, estaba preocupado por su padre, intentaba animarlo. Y tenía un poco de envidia porque siempre estaba pendiente de María. Se enteró de lo que estaba haciendo su hermana, pero no dijo nada... no quería angustiarse más; claro, que tampoco hizo nada por ella, dicho sea de paso.

¿Abuela, no tenía más hermanos que éste? — su nieto, hijo único, quiere más detalles sobre los hermanos.

Sí, muchos, en aquellos tiempos se tenían muchísimos hijos...

¡Cien hijos!— le corta bromeando.

Va a negar la abuela cuando se queda fija mirándolo.

Sí, cien hijos tenía— confirma—, pero cuando salía por la mañana temprano, sólo buscaba a uno, a María.

¿Luego, qué pasó?

Un día que fue a buscar agua a un pozo, hablando con un amigo, le confesó que envidiaba a sus amiguitos cuando se iban a su casa, con su mujer y sus hijos, y ella se quedaba sola. El amigo le dijo que tenía sed de amor, una sed que no podían saciar sus amigos. María se quedó pensativa, y añoró estar en su casa, con su padre, donde se sentía de

verdad querida; sí, allí estaba la fuente que la colmaba. Así que decidió coger todas sus cosas y volver a casa, y lo hizo esa misma noche. Pero, ¿sabes qué pasó? Cuando al amanecer iba subiendo por el camino de Jericó, desde donde ya se veía su casa, unos «chorizos» le robaron todo lo que se había ganado, y la hirieron con una navaja...

¿La mataron?— pregunta alarmado el nieto.

La dejaron medio muerta, allí tirada. Su padre, al levantarse y abrir la puerta, miró al horizonte y vio a alguien malherido a lo lejos. Fue a socorrerle y casi le da un infarto cuando reconoció a su hija. Enseguida le sopló en su cara...

¿Le sopló?— le corta su nieto extrañado.

Es que estaba medio muerta— ¿cómo explicar a un niño que el Padre le comunicaba su aliento de vida?—...

¡Ah! Que le hizo el boca a boca porque no respiraba...

¡Eso es!— dice la abuela aliviada—. Su hija volvió a la vida y le sonrió.

Lectura

“Entonces Yahvé Dios formó al hombre

PERDONA NUESTRAS OFENSAS COMO NOSOTROS PERDONAMOS

con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”.

(Génesis 2,7)

“Pero, pasados los tres días y medio, un aliento de vida procedente de Dios entró en ellos y se pusieron de pie” (Apocalipsis 11,11)

Palabra de Dios.

Canto:

“Mi Señor, de mis enemigos líbrame.

En Ti me refugio, enséñame a cumplir tu voluntad,

porque Tú eres mi Dios, mi Dios.

Tu Espíritu que es bueno me guíe por una tierra llana.

Dame vida, dame la vida, dame tu vida, mi Dios (bis).

Mi Señor, siente como me falta el aliento.

No escondas tu rostro, si lo alejas de mi me moriría.

Haz que sienta en la mañana tu amor.

Enséñame el camino a seguir, a Ti levanto mi alma.

Enséñame tu tierra, guíame a tu tierra,

llévame a tu tierra, Señor (bis).

Por tu Nombre, Señor, dame la vida.

Tu justicia, mi Dios, me dé la paz.

Destruye los contrarios que me afligen.

Aparta de mí cuanto me impide amar!

(“Dame vida”, salmo 143,7-12;

del disco “Dame vida” de Brotes de Olivo)

[Después de la siguiente lectura podemos interceder por las personas y situaciones faltos de vida que necesitan el aliento de Dios. Ahora puede hacerse una monición a las mismas]

Lectura

“Y vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, antes bien habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! Y de igual manera, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemido inefable, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu y que su intercesión a favor de los santos es según Dios” (Romanos 8,15.26s).

Palabra de Dios.

[Se aprovecha este momento para hacer espontáneamente intercesiones o comunicar algún sentimiento]

Cuando recobró el aliento– continúa la abuela–, el padre la tomó en brazos, se la llevó a casa y le curó las heridas con vino y aceite...

¿Con vino y aceite?– dice su nieto con cara de asco.

¡La desinfecta con alcohol y luego le pone pomada!– esta vez no logra sorprender a su abuela. Ella saca entonces un frasco de perfume que tenía escondido y se lo regala a su padre. Estaba muy feliz...

[En un silencio prolongado, se adora al Padre. Cada uno puede ungir con colonia al Crucificado, imagen del Padre]

La abuela se queda mirando al niño que se había quedado serio y con la mirada perdida.

¿Qué te pasa?

El nieto la mira y enseguida comprende. Ambos padres trabajan y están todo el día fuera; su nieto se pasa horas solo, con la televisión y la consola de juegos. En su casa no ocurre lo mismo que en el cuento.

Bueno –continúa la abuela–; llamó a todos sus amigos, y la casa se llenó de gente y de alegría. Se organizó una gran fiesta.

(¿Una celebración de Dios-padre-todopoderoso-creador-del-cielo-y-de-la-tierra? Tal vez sea Él quien nos celebre a nosotros).

Lectura

“Hay alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta” (Lc 15,10)

Palabra de Dios.

Pero todo se empañó al llegar Simón. Cuando se enteró de lo que pasaba, se enfadó y no quiso entrar. Dijo a su padre:

Ahora que ha venido ese hijo tuyo que ha devorado tu hacienda con prostitutas...

¿Su hijo?– le corta su nieto– ¡Es su hija!

Bueno...– duda su abuela, que recuerda perfectamente esa frase del evangelio– Lo que importa es que no quiere llamarla hermana.

¡Ah! ¿Y le castigó su padre?

Nooo– sentencia su abuela como si su nieto hubiese dicho un imposible– Su padre salió a buscarle. Ahora el que falta de casa es él; así que su padre abrió la puerta y le enseñó a llamarle hermana:

Este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida.

Lectura

Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano,

¿QUÉ SIGNIFICA PARA MI QUE

Con esta pregunta nos hemos dirigido a distintos creyentes. Les hemos preguntado cómo experimentan la presencia paternal de Dios en su vida cotidiana. He aquí un pequeño repertorio de respuestas. Son retazos de vivencias singulares. Pueden ayudarnos a dar palabra a las nuestras.

Dios Padre

La verdad es que no sé cómo decir lo que pienso o intuyo acerca del tema.

Lo que 'siento espiritualmente, digamos.

Ya hablar de Dios se me hace cada vez más hermosamente difícil. Y de unos años para acá voy «cambiando» de Dios: su imagen va cambiando en mí. A fin de cuentas, toda la revelación, como nos recuerda el Vaticano II, ha sido una «pedagogía» procesual: Dios dándose a entender gradativamente, haciéndose más accesible y más otro al mismo tiempo, más divino y más humano, hasta llegar a ese hombre de Nazaret, Jesús, hijo de María, «en quien habita la plenitud de la Divinidad corporalmente» y que tanto nos revela a Dios como nos lo vela de Carne y Muerte y Cruz.

La Teología hoy se está volcando cada vez más hacia su razón de ser. Dios. Para preguntarse, más curiosa y más modesta a la vez, ¿Qué queremos decir cuando decimos «Dios»? Tony de Mello, ahora glorioso arriba y vapuleado abajo, advertía socarrón que la palabra «Dios no es Dios». ¿Quién es Él?, se pregunta la teología. ¿Cómo hablar de Él, después de Auschwitz o dentro de Ayacucho o en medio de las últimas desolaciones de Centroamérica? ¿Por qué camino o

mediaciones a Él llegamos? ¿En qué sentido Jesucristo es su Mediador único y universal? Y lo proclamamos ya macroecuménicamente como el Dios de todos los nombres, «más allá y más acá que todos ellos», siendo su búsqueda el gran desafío y el gran encuentro en el diálogo inter-religioso...

Tantas vueltas le dan al tema Dios los teólogos, hoy día, que el humor ha salido a meter su baza en el tema, con mucha gracia por cierto. La Gracia tiene su gracia también. Olegario González de Cardedal recordaba, hace poco, la viñeta de Máximo, plagiada muy cordialmente por Mingote, en la que Dios, con el triángulo y la barba consabidos, confidenciaba:

«Me encuentro raro últimamente. Debería ir al teólogo».

Los padres y teólogos de Oriente, sobre todo, cultivaron con mucha devoción, la teología apofática. Pensando con las rodillas. Adorando en la fe. «Si rezas verdaderamente, eres teólogo; y, si eres teólogo, rezarás de verdad», decía Evagrio. Siempre buscando, claro, que para eso nos ha dado el propio Dios una inteligencia y un corazón «inquietos» hacia su Luz y su Amor. «Encontrar a Dios –según San Gregorio de Nisa- consiste en buscarlo sin cesar».

En fin, por ahí van mis «devaneos» teológicos en este atardecer de la vida, a la espera, ya más cercana, de aquel famoso «lumen gloriae» que nos pondrá las cosas divinas en su lugar.

Pero Misión Abierta me pide que hable de «Dios Padre».

Sinceramente, desde el primer momento en que fue anunciado, me resultó un poco violento ese programa oficial, esa especie de vivisección de la Trinidad que distribuye las tres Divinas Personas, por separado, entre los tres años del triduo preparatorio al Jubileo. Me gusta más pensar, «sentir», la Trinidad como el Uno-Tres, «mis Tres», que diría santa Isabel, la mística. Al Padre, por el Hijo, en el Espíritu, según la fórmula de la Liturgia. Ni monarquianismo, ni triteísmo. Qué se yo...! Schillebeeckx, buen teólogo y dominico además, en su libro-entrevista

«Soy un teólogo feliz», se despacha con esta jocosos confidencia: Todo lo que dijeron sobre la Trinidad Agustín, Tomás de Aquino y Rahner no pasa de «tonterías...». Se entiende, ¿no? lo que él quiere decir; y entendemos y agradecemos lo que Agustín y Tomás y Rahner nos quisieron decir también.

Pero vamos a «Dios Padre», que me estoy «divirtiendo» más de la cuenta. Precisamente este año he leído, meditado y subrayado el libro de François-Xavier Durrwell «El Padre, Dios en su misterio». Un hermoso libro, de alta sustancia bíblica y lleno de unción. La verdadera «naturaleza» de Dios, viene a decir, en síntesis, patria de salida, patria de regreso definitivo y feliz. Dios es Padre, pues. El Padre, como Padre –como Padre/Madre diríamos mejor hoy, que también la cultura pesa en la Biblia y Dios se atiene a cada época con aquella «pedagogía» citada-, el Padre como Padre expresa a Dios en su ser de Amor Hontanar.

«Dios es Amor, a pesar de todo», profesa l'Abbé Pierre, como el gran dogma incuestionable.

Dios es Comunidad también. «La Santísima Trinidad es la mejor comunidad» ha venido a ser el slogan de espiritualidad y de pastoral de las CEBs en Brasil. El Padre, como Padre, dándose en totalidad al Hijo, en el Espíritu de ambos, posibilita esa comunitariedad perfecta que hace de Dios la Trinidad que adoramos, balbuciendo.

Rahner ha hecho observar que en el Nuevo Testamento nunca se encuentra un texto en el que «el Dios» se deba referir con toda evidencia al Dios Trino globalmente considerado en la trinidad de personas. Existe, por el contrario, una prevalente cantidad de textos en que por «el Dios» se entiende «el Padre» en cuanto persona trinitaria.

Hablar de Dios Padre, en todo caso, tiene este doble sentido: trátase de la Primera Persona de la Trinidad o nos referimos a Dios como Padre Nuestro. Y los dos sentidos confluyen. «Siendo Dios Padre –proclama Gaudium et Spes– el principio y el fin de todas las cosas, somos

La llamada a mis

Ahora ya me voy haciendo viejo y me preguntan cómo es mi experiencia del Padre. Yo no lo

experimento. He aprendido a distinguir entre experiencia y vivencia. Lo vivo cercano en la oscuridad. Es como la llamada a mis orígenes: «Volveré a mi Padre». Es una vivencia, ya muy poco estructurada intelectualmente, casi desmantelada y reducida a una sencilla manera cordial. El Padre ya no es tanto para mí un valor, como una necesidad. Ni siquiera es mi Dios solemne. Y estoy sintiendo la tendencia, que se acentúa, de reinterpretar la afirmación evangélica: «Si no os hacéis como niños...». Pero no se me ocurre la pregunta de Nicodemo de «cómo un viejo» puede renacer en esos orígenes esenciales y silenciosos de un Padre y de una Madre. Tengo la solución de dos mil años de historia y vivo dentro de una experiencia secular de mi Iglesia que me ha enseñado modos sencillos y nada intelectualizados de decir «Padre». Y ahora los voy recuperando, cuando todo se va aflojando y me voy quedando sin recursos personales. Siento esa necesidad, aparentemente desprotegida, de gritar, frente a lo que me supera: se lo diré «a mi Padre». Y hasta voy rescatando la serena grandiosidad del 'Padre nuestro', de la asfixiante banalidad de los 'padrenuestros'.

Antes vivía de una «enseñanza»: Dios es mi Padre. Ahora siento que es como una herida que llevo y que no tiene cura, sino con «la presencia y la figura», como clamaba Juan de la Cruz. Y cada día ensayo prolongadamente, en la soledad, ese 'cara a cara', principio sin final. Mateo me dice que Él sí me ve cara a cara, desde lo escondido, pero yo no lo veo, y dentro de mi bienaventuranza de creer, sufro por la incapacidad de mi mirada aún no perfeccionada.

A veces pienso si al hacerme viejo no me estoy volviendo sentimental; o tal vez sea el gozo de la proximidad, que es parte

de mi experiencia cotidiana, en la que cada mañana amanezco, diciendo: «Padre, dame el Espíritu de Jesús». Uno ha hablado tanto de Dios, de oídas, que sentirlo cercano me hace repetir con humildad: «Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los sencillos...». Pero dudo de mí mismo, porque no soy sencillo; sólo soy «no complicado».

Cada mañana, antes del alba, ensayo un poco, y a mi manera, la eternidad,

Experiencia de

Al principio, cuando pensaba en Dios lo percibía como Alguien que estaba a una gran distancia de mí.

Alguien muy importante pero lejano. Alguien poco accesible y asequible.

En un momento de mi vida lo percibí cerca. Casi lo palpaba. Sabía que estaba allí conmigo.

Ser madre ha sido una gran suerte, porque me ha dado una mayor posibilidad de percibir mucho más nítidamente la actitud paternal de Dios.

Para mí Dios que es un ser que no tiene sexo es Padre-Madre. Es Alguien al que siento cada vez más cercano. Alguien con quien tengo confianza, con quien puedo compartir mis sentimientos, mis necesidades, mis alegrías, con quien puedo contar.

Si yo a nuestras hijas, trato de inculcarles que en toda relación lo más importante es la confianza, no puedo por menos que vivir, en mi relación con Dios esta confianza.

Yo quiero mucho a mis hijas y cuando alguna de ellas está cansada procuro aliviarla y favorecer su descanso. Cuando está triste y decaída procuro estar a su lado, ser bálsamo y apoyo. Cuando está enfada y disgustada procuro que reflexione y se interroge ante su actitud,

porque en ese momento ni ve ni escucha lo que tiene delante. Cuando me hace alguna "faena" y viene o no a pedir perdón se me olvida todo. Pero a pesar de todo esto hay ocasiones en las que ellas no perciben este cariño y viven su vida. Así experimento y vivo la relación que Dios tiene conmigo.

El resumen de todo esto es una fábula

El amor primero

Ángel Moreno

Andaba yo reclamado por la voz interior, que con ocasión de la lectura de la Biblia, me dictaba la Palabra del

ángel a la Iglesia de Éfeso: ¿Dónde has dejado el amor primero? (Apoc 2,4). Intentaba, como reacción religiosa, despertar dentro de mí la respuesta ardiente, joven, amorosa de mis primeros años, cuando mi afecto se emocionaba en la relación orante y en la espontánea actitud de socorrer a los indigentes, cuando no contaba el tiempo ni las veces que le repetía a Dios: «Te quiero».

En esta ocasión sentía la denuncia. Me habían alcanzado el polvo del camino, el acomodo, tantas inercias –ahora lo llaman rutinización-. Es una prueba difícil de olvidar la que te sucede cuando te descubres incapaz de ser fiel y la suma de la debilidad te inclina más a la desesperanza que a la paz. Llegas a creerte lejos del Señor, mas sin posibilidad de esquivar su mirada.

La Palabra se me había vuelto como un dolor de estómago y no dejaba de confrontarse conmigo. Intentaba suscitar dentro de mí la respuesta generosa, voluntaria, decidida... La concebía como mi vuelta a Galilea, al primer «sí», a los momentos en que te sientes movido a abandonarlo todo, a cruzar a la otra orilla sin miedo, o quizá sin ser muy consciente de lo que significa el seguimiento.

Siempre interpreté el calificativo

«primero», respecto al amor, como lo que yo debía ser para Dios. Lo refería a mi tiempo, a mi pequeña historia de generosidad. y desde el recuerdo del ayer, albergaba la esperanza de que se pudiera repetir la experiencia gratificante como efecto de mis acciones. Y, de pronto, como a quien le descorren un velo, comprendí que el amor que había olvidado era realmente el amor primero, el amor que Dios me tiene, amor fundante, fontal, origen de mi existencia y de mi capacidad de respuesta agradecida.

Como en cascada vinieron a mi mente, hasta el punto de estremecerme y emocionarme, las expresiones de la Biblia: Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta... (Jr 1,5). Me sentía llamado con un nombre único, personal, secreto, conocido solamente por Dios y por mí (Apc 2,17), nombre que nacía de las entrañas divinas de las que brotaba mi filiación. No podía resistirlo. Un instante antes, los sentimientos que me embargaban hacían inimaginable lo que me sucedía. Me levanté sobrecogido.

Doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra... (Ef 3,14).

Dios me reveló de forma inesperada y envolvente su identidad: Dios es amor y el que permanece en el Amor, permanece en Dios, habita en su casa, que es su esencia amorosa.

Y desde entonces se me dio a entender

ABBÁ FUENTE DE VI- DA:

Desde siempre Dios ha hablado a los hombres: de muchas maneras, a través de los profetas, de los patriarcas, de Buda, de Mahoma... Tuvo que multiplicar sus palabras porque ninguna de ellas era capaz de expresar todo su misterio.

En los últimos tiempos –y a ellos pertenecemos nosotros!– nos ha hablado a través del Hijo, esplendor de su gloria y expresión de su ser (Hb 1,2). Después de los servidores, viene el Hijo, después de muchas y fragmentarias palabras, viene la palabra de la plenitud, pronunciada sin intermediario. A través de ella lo dice todo. Nada de su misterio queda sin transmisión. Dios encuentra su lenguaje, su gramática, el tono adecuado, los símbolos abiertos, el gran Símbolo capaz de remitir a su totalidad. Lo hace engendrando a su Hijo en el mundo. En el Hijo se revela el secreto total de Dios: el misterio oculto desde la eternidad de los siglos (Rm 16,25). Dios revela su nombre: ¡Padre de un hijo único!

Dejémonos impresionar por esta revelación: ¡Que Dios tiene un hijo único! ¡Que ese hijo único ha nacido en el tiempo, en la historia, en la geografía humana! Hay «alguien» entre nosotros, que puede reivindicar para sí la filiación divina; ese hombre es hijo único de Dios. Ese «alguien» es Jesús de Nazaret, el hijo de María e hijo de José –según se creía-. Ese «alguien» nació marginado, murió

condenado por los judíos y fue crucificado por los romanos. Esta noticia rompe nuestra concepción sobre un Dios único y aislado.

Saulo servía incondicionalmente al Dios de sus padres; sobrepasaba en celo religioso a todos sus compatriotas (Gal 1,14). Se dio cuenta de que no lo conocía aquel día en que quiso Dios revelarle a su Hijo (Gal 1,16) en el camino de Damasco. A partir de entonces se convirtió en el gran servidor del «Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2 Cor 1,3). La revelación era portentosa: que el Dios de la infinita majestad del Sinaí es Padre de un hombre. Pablo se supo enviado para transmitir esta revelación -¡buena noticia! ¡evangelio!- a todas las naciones (Gal 1,16).

ABBÁ DE LA VIDA Y DE LA RESURRECCIÓN

Decir Dios es decir «Padre». La gran misión de Jesús, según Juan, consistió en revelarnos el nombre de Dios («Yo les he dado a conocer tu nombre» -Jn 17,26-), su identidad de Padre. Los judíos bendecían a Dios por sus maravillas en favor de Israel. «¡Sea bendito!», decían con mucha frecuencia. Pero los cristianos, los discípulos de Jesús añadían: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!». Éste es el nombre de Dios. Esta es su gloria. Por esto merece ser adorado.

El momento culminante de la paternidad-maternidad de Dios fue el momento de la Resurrección de Jesús (Hech 13,32). Quisimos expulsar al hijo de Dios de la tierra; lo expulsamos, condenándolo a muerte; le robamos a Dios su hijo único. Sin embargo, Dios lo engendró de nuevo el «hoy» de la Resurrección: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy» (Hech 13,32). La resurrección de Jesús se explica como acontecimiento de paternidad-maternidad. En la resurrección se manifiesta cómo Dios es el Abbá único del Hijo único. Jesús es el hijo de la Resurrección, el primogénito de entre los muertos (Col 1,18), constituido hijo de Dios por su resurrección de entre los muertos. Este Dios que manifiesta su ser paterno-materno resucitando a Jesús, es el Dios que -por medio de su Espíritu- engendró a Jesús en el seno de María virgen. En el seno virgen nace la Vida. Se trata de un acontecimiento tan misterioso como la misma resurrección.

PADRE-MADRE CREADOR

El Padre-Madre de Jesús, el Abbá, es también el mismo Dios que creó el mundo: «el

Padre, señor del cielo y de la tierra» (Mt 11,25-27). De este Dios y Padre vienen todas las cosas (1 Cor 8,6). He aquí otra gran revelación: que el universo es obra no solo de un Ser omnipotente, sino la obra amorosa de un Padre-Madre. Por eso, la creación tiene carácter filial. Dios es Creador en cuanto Padre, y en cuanto Padre de un Hijo único. Crea precisamente mientras engendra al Hijo único. La creación es parte y contexto de esa generación del Único. Por eso es Padre del Hijo, pero también Padre de toda la creación. Cuando nace y aparece Jesús ¡se revela el misterio de la paternidad inmensa de Dios!

El Creador es el Abbá de Jesús; no pudo crear el universo sin ser Abbá y sin su Hijo, el Amado. Por eso, la iglesia confiesa que Jesús no es solamente aquel a quien Dios puso como cabeza de ella (Ef 1,22), sino Aquel que ha sido establecido por el Abbá como señor del universo (Filp. 2,11). Jesús es, en todas las cosas, Príncipe (Col 1,18), primicia de la actividad de Dios, preludio de sus obras. La creación entera está fundada en él. La obra de la creación no añade nada a la paternidad, o acción paterna. Se contiene en ella. Es una forma de paternidad-maternidad. Cuando en el primer relato de la creación se dice que el Espíritu de Dios «incubaba sobre el caos» se propone una imagen materna para entender la creación, como una especie de generación creadora. En esa imagen se superaría la concepción artesanal de la creación, como si Dios realizara algo meramente exterior a Él. También lo generado es distinto de quien lo engendra, pero entre el generador y lo engendrado se da una relación de profunda intimidad. ¿No será esa la imagen mejor para entender la creación? ¿No es esa la mejor forma de entender esa confesión del Credo, «Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra»?

Nacida de Dios en su paternidad, toda la creación es filial. El Padre del Único, es el Padre de todos (Ef 4,6). Toda la realidad es filial, por creación. El Espíritu lleva toda la creación hacia la plenitud filial. La creación entera espera la manifestación de los hijos de Dios.

¡No creatio ex nihilo, sino creatio ex plenitudine! La creación comienza con la generación del Hijo. Es eterna en su origen. El hijo es engendrado en el hoy eterno. «Yo te he engendrado hoy». Las raíces del mundo histórico está en el Hoy eterno. El origen del mundo no está en la nada, sino en la plenitud de Dios, en el desbordamiento de la génesis de su Hijo.

NO NOS DEJES CAER... Y LÍBRANOS DEL MAL

PADRE DEL REDENTOR

El Abbá de Jesús es también el autor de la reconciliación: «Todo viene de Dios que nos ha reconciliado con él por medio del Cristo... Porque estaba Dios en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Cor 5,18-22). Dios es el padre esencial. Todo comienza en él. La actividad del Hijo es la del Padre. La reconciliación es, por tanto, obra del Padre. Todo lo que el Hijo hace lo recibe del Padre que lo engendra. El movimiento de la reconciliación procede de Dios: «Mi Padre y yo somos uno».

Dios Padre no solo es la fuente, es también amor. Es fuente siendo amor. No tiene que pasar de la irritación o la ira al amor. Por eso, no es necesario ningún intercesor, ni ningún reparador ante Él. Acoge directamente al hijo pródigo y sale apasionada y emocionadamente a su encuentro. El Abbá amó primero (1 Jn 4,9) y cuando todavía éramos pecadores (Rm 5,8). Si Jesús acoge a los pecadores, lo hace porque el Abbá los acoge primero. «¿Por qué vuestro maestro come con pecadores y publicanos?» (Mt 9,11). En esto se manifiesta el amor que el Abbá nos tiene, en que

entregó a su Hijo por nosotros.

La función del Abbá, Padre esencial, en la redención consiste en «engendrar» al Hijo. A través de su vida y de su muerte, Jesús se deja engendrar por el Abbá. La función del Abbá en la redención es ser Padre y la del Hijo consiste en ser Hijo. El drama de la salvación se juega en la relación mutua entre el Padre y el hombre Jesús, hijo de Dios. La obra de la redención –por ser paternal y filial- está llena del Espíritu Santo. En el Espíritu el Abbá es Padre. Es en el Espíritu en quien Jesús es Hijo desde el principio. Todo lo que acontece entre ambos acontece en el Espíritu.

Fuimos rescatados «por la sangre de su cruz» (Col 1,20; Rm 3,25; 5,9). Sangre derramada en el pensamiento bíblico no es el elemento líquido que riega el cuerpo humano, sino que es el hombre mismo víctima de la violencia. Hemos sido reconciliados por un hombre que ha muerto violentamente, por el hijo único de Dios, víctima de la violencia. Jesús mismo es, por su vida y su muerte, el precio de la salvación. Él se ha convertido en redención (1 Cor 1,30). El Hijo no es un precio que se pague a alguien. ¡Pertenece totalmente al Abbá! Quien ha pagado este precio –que es el Hijo mismo de Dios– es el Abbá mismo.

«Dios ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su Hijo único» (Jn 3,16). No se ha ahorrado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por todos nosotros (Rm 8,32). Cuando el apóstol nos dice que hemos sido rescatados, nos sugiere que el autor ha sido el Abbá, autor del rescate. Y lo ha realizado a un altísimo precio: ¡entregándonos a su Hijo y permitiendo que su Hijo fuera víctima de nuestra horrible y monstruosa violencia! Sólo el Abbá puede disponer del Hijo, hasta el punto de entregarlo y exponerlo como medio de propiciación. El Abbá ha buscado el precio en su propio seno, lo ha extraído de sus entrañas, de su sustancia. El profeta Natán propuso a David la parábola de un hombre que tenía sólo una oveja, a la que tanto quería... Así es el Abbá. Sólo tiene un cordero, el Cordero de Dios, el más querido, de un valor infinito, el Hijo único que está en el seno del Padre. Cuando el Abbá entrega al Hijo se entrega también a sí mismo. No tiene nada fuera del Hijo.

¿DÓNDE ESTÁ, OH MUERTE, TU VICTORIA?

El Padre es, para Jesús, el Dios absolutamente bondadoso: el Creador que cuida de sus criaturas y hace salir el sol para todos, buenos y malos (cf. Mt 5,45 y 6,26); el que se alegra del amor de los suyos y sale cada día al camino para ver si vuelve el hijo se ha ido de casa; el que acoge sin resentimiento alguno a quien regresa a Él, pues aborrece el pecado, pero ama a los pecadores (cf. Lc 15). Es el Padre cuyas «manos son cariñosas como las de una madre». La paternidad de Dios es normativa para la paternidad humana, y no a la inversa: es del Padre Dios «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3,15). Jesús, temiendo que se ensombreciera el nombre del Padre con las miserias de nuestros modos humanos de relacionarnos, llega a decirnos: «no llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, pues uno sólo es vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23,9). Sólo hay un Padre, como sólo hay un Dios. «No hay nadie bueno más que Dios» (Mc 10,18), el origen de todo bien.

Las profesiones de fe de la Iglesia, siguiendo la enseñanza de Jesús, atribuyen al Padre la obra de la creación. Siendo el Padre bueno el origen único de todo lo que existe, el mundo es, en su raíz, bueno, luminoso, tiene un sentido divino. Si el principio del ser fuera el azar ciego o la materia bruta ¿por qué íbamos a poder confiar en la inteligencia y en la bondad? Pero no, nada es absurdo ni malo de por sí. No hay poderes maléficos inscritos en la realidad y legibles en las estrellas. Todo procede de la suma inteligencia y bondad del Creador y está puesto por su providencia al servicio del ser humano. La fe en Dios Padre, el Creador del cielo y de la tierra, liberó a los hombres del miedo y del sometimiento a supuestos principios del mal que compitieran en poder con la bondad del único poder real sobre todas las cosas, el de Dios.

Es triste que el alejamiento de la fe en el Creador y Pa-

MISION ABIERTA

Juan Álvarez Mendizabal, 65 bis 3º - 28008 MADRID - Tel.: 915 401 237 - Fax: 915 401 226 - E-mail: pcl@planalfa.es - http://www3.planalfa.es/pcl

ENERO 1999 - Nº 1

EDITA: Misioneros Claretianos, DIRECTOR: Bonifacio Fernández, SUBDIRECTOR: Pedro M. Sarmiento, REDACTOR JEFE: José Miguel Capapé, SECRETARIA: Lola Hiniesto, CONSEJO DE REDACCIÓN: Domingo Martín Olmo (Valladolid), Gonzalo Fernández Sanz (Madrid), Jose Mª Hernández (Granada), Juan Carlos Rodríguez (Salamanca), Nuria Oriol (Barcelona), Consuelo Iriarte (Zaragoza), José María Martínez Manero (Madrid), Jorge Domínguez (Zaragoza), Maxis Muñoz (Barcelona), Xabier Larrañaga (Bilbao), Pedro Belderrain (Salamanca), José Vico (Madrid), José Luis Rodríguez (Huelva), Xabier Saigí (Barcelona), Mateo Larrauri (Bilbao), Pedro Cabrera (Sevilla), Miguel Ángel Velasco (Madrid),